

Maravillosas de Ana Rossetti. La estirpe femenina de un barrio.

María de la Paz Fernández Montañez

Fundación Carlos Edmundo de Ory

Ana Rossetti. *Maravillosas*. Ilustraciones de Jesús Gabán. Libros de las Malas Compañías, 2020, 70 pp. ISBN 978-84-949242-5-5.

Hablaba Paul M. Viejo, en la introducción de *La ordenación. (Retrospectiva 1980-2004)*, el libro recopilatorio de la producción de Ana Rossetti hasta 2004, acerca de la conveniencia, para el lector que quiera adentrarse en la poesía de Rossetti, de aceptar las muchas formas en que se muestra la realidad, pues esta no es exclusivamente una. Esta múltiple forma de presentar la realidad que Viejo veía en su poesía se puede hacer extensible a toda su producción literaria, y se deja notar de manera particular en este breve libro, en el que Rossetti pretende trazar el mapa de un conocido barrio madrileño siguiendo las huellas de las mujeres notables que en él habitaron, como si de un callejero literario de geografía humana se tratase, y contar su historia de otra manera, centrando su punto de vista en ellas. Y mucho cambia la historia del barrio de Maravillas, otrora llamado El Refugio y ahora Malasaña, si se hace desde esta perspectiva, como demuestra el capítulo introductorio, donde la autora narra, por una parte, la historia oficial del barrio y, por otra, como si de una especie de palinodia se tratara, esa misma historia focalizándola en sus mujeres. La historia es la misma, pero es otra, concluimos con la autora.

El trabajo de Rossetti cumple el objetivo requerido por la esmerada editorial “Libros de las Malas Compañías” para su colección “Mujeres”, que pretende publicar la historia de distintos barrios madrileños centrándola en sus mujeres. Sin embargo, si usamos la sentencia de Antonio Machado que afirma que la poesía es, en cierto modo, un palimpsesto, diríamos que, aun en prosa, *Maravillosas*, susceptible de varias lecturas, también lo es. Quizá para un vecino de Malasaña esta solo sea la historia de su barrio, pero, para cualquier otro lector, es un microcosmos, una representación del mundo. Rossetti cuenta una historia particular, pero a la vez universal, pues, como si de un espejo se tratara, las vidas de estas mujeres no son sino reflejos de las de todas.

Rica es la historia del barrio de Maravillas desde que naciera en el siglo XVII. Desde entonces, mujeres de toda clase social y formación hallaron morada en él, desde las verduleras del mercado de San Ildefonso, amotinadas al ver amenazados sus derechos, hasta la infanta Luisa Carlota de Borbón-Dos Sicilias, miembro destacado de la corte de

Fernando VII; desde Rosalía de Castro o Emilia Pardo-Bazán, escritoras imprescindibles en todo manual de Literatura Española, a aquellas de obra apenas conocida, como Amalia Domingo Soler; desde Gertrudis Gómez de Avellaneda, renombrada en su tiempo, a Rosa Chacel, que padeció exilio y olvido. De todo hubo en Maravillas, de ahí el carácter paradigmático de su historia, al abarcar la totalidad de la sociedad.

A través de las treinta entradas que conforman su trabajo, Rossetti, mientras recorre las calles del barrio, delineado en mapa de Raquel Angulo, desgrana las vidas de más de una treintena de mujeres destacadas en la lucha por sus derechos o en el ejercicio de la disciplina a la que se dedicaron. Y así, junto a mujeres ilustres como la jurista sufragista Clara Campoamor, van surgiendo otras casi desconocidas como la benefactora Carolina Valentina Mahou o Francisca Burdeos, que, adoptando el nombre de un hermano fallecido, llevó una existencia más plena. Otras vecinas de Maravillas también se ocultaron tras pseudónimos: María de Lejárraga firmaba sus exitosos dramas como Gregorio Martínez Sierra, su esposo infiel; Colombine fue el nombre de guerra de la periodista Carmen de Burgos; como Giulietta Colbrand la soprano Julia Espín recorrió el mundo, siendo ahora más conocida porque, quizá, en su balcón contemplaba con Bécquer golondrinas oscuras, ironiza Rossetti.

No olvida Rossetti a las librerías Doña Pepita Borrás y su discípula Felipa Polo, ni a la polifacética teósofa María Dolores de Pablos, ni a las bravas majas que lucharon contra el francés invasor, de las que solo tres pervivieron en la memoria: Clara de Rey, Benita Pastrana y María Malasaña, que nomina al barrio.

Su cuidada prosa, ejemplo de concisión, maestra en amenidad, sabe transmitir la vivacidad del barrio: las tardes del salón de Marie Laetitia Bonaparte-Wyse, las del Teatro Maravillas donde la actriz Loreto Prado tuvo un encuentro decisivo, las añoradas veladas en Las noches del cuplé de Olga Ramos, los desvelos de Francisca Sánchez para preservar el legado de Rubén Darío; sabe usar de la ironía para describir a trasuntos de personajes literarios, y sabe contener la emoción, aunque es difícil no estremecerse con las historias de Blanca Brisac y Julia Conesa, dos rosas fusiladas en el protofranquismo, o con la de la pintora Margaret Modlin, de misterioso destino.

La olvidada labor de las mujeres es reivindicada con imparcialidad, sin manidos maniqueísmos: los hombres, aquí los personajes secundarios acompañantes de sus mujeres, y son retratados con simpatía unos, otros con luces y sombras.

Nueva Christine de Pizan con *Cité de Dames*, se inscribe Rossetti, como Boccaccio, a la estirpe hesiódica que rescata biografías preteridas de mujeres ilustres.

No es este un libro extraño en la producción de Rossetti. Bibliografías femeninas alimentaron su infancia. Recurrente es su defensa del papel de la mujer a lo largo de la historia. Las entradas dedicadas a la Dama misteriosa, a Blanca Coronel, a la monja Teresa del Valle, o a Nuestra Señora de las Maravillas transparentan su amor por las leyendas y su familiaridad con las formas narrativas de los santorales. Quizá por ello ha querido recordar a aquellas que moran eternamente en sus iglesias, la beata María Ana de Jesús y la niña Alexia González.

Libro coral, tampoco olvida a las “maravillosas” de paso: telefonistas, maestras, estudiantes, y a un grupo de mujeres doctoradas entre 1882 y 1927 en la Universidad

Central, situada en la misma calle donde en el siglo XVIII vivió la primera mujer que se doctoró en España, María Isidra Guzmán.

Cual novela galdosiana, hay vidas entrecruzadas. Decisivo fue el legado de Avellaneda a Concepción Arenal.

Cada una de las entradas es acompañada de una ilustración del reconocido y galardonado Jesús Gabán. En todas muestra Gabán su gran capacidad narrativa, situando en primer plano el retrato de la biografiada, con atributos y detalles que narran plásticamente su vida; cual pintura renacentista, al fondo aparecen elementos arquitectónicos relacionados con la retratada. Una tradición pictórica bien asimilada sedimenta estas modernísimas ilustraciones. En cada ilustración se descubren guiños al estilo pictórico de la época narrada.

Todo buen libro es umbral que lleva a otros, punto de partida hacia nuevos descubrimientos. La lectura de *Maravillosas* genera la necesidad de conocer lo escrito por unas, lo pintado por otras, y de recorrer las calles de Malasaña impregnándose de la sombra maravillosa de todas.

La Historia ha sido considerada cosa de hombres: ellos la escribieron, ellos fueron los protagonistas de las Gestas de la humanidad. A la mujer no se le consideró siquiera digna de ocupar un espacio en la callada intrahistoria, la de las pequeñas cosas, aquellas que son las realmente motoras de la evolución humana. En ambas la mujer fue silenciada y ocultada. Pero allí estaba, latente, contribuyendo con su acción y pensamiento al caminar de la humanidad. Este bello escrito de Ana Rossetti así lo manifiesta.